



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIII

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9469

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

En a Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjera.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 21

JUEVES 25 DE MAYO DE 1893.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Loreite, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

MUSEO COMERCIAL

EXPOSICIÓN PERMANENTE Y VENTA EN COMISION DE PRODUCTOS INDUSTRIALES

Sección agrícola: Arados.—Azufradores para la vid.—Taponadoras.—Ingertadores.—Bombas.—Norias.—Muebles para jardín.—Jarrones.—Guano insecticida.—Herramental completo para la agricultura.

Minas y Maquinaria: Máquinas y calderas de vapor.—Bombas.—Vías férreas.—Wagones.—Tuberías.—Tornillaje.—Cubas.—Cables.—Desincrustante.—Manufacturas de caucho y amianto.—Crisoles.—Candiles.—Barrenas.—Picos.—Legones.—Etc., etc.

Construcción: Chimeneas, pilas, escaleras y demás manufacturas de mármol.—Sifones, inodoros, tubos y codos de hierro para aguas y retretes.—Mecánicos y demás productos hidráulicos de mármol artificial.—Ladrillo hueco, teja plana, balaustrés, remates y jarrones de barro cocido.—Papeles pintados.—Mayólicas, etc., etc.

Mobiliario: Sillas.—Cómodas.—Mesas.—Camales.—Espejos.—Cajas de pautales.—Básculas, etc., etc.

PASAJE DE COMEDIA.—PUERTA DE MURCIA.

ENALTECIMIENTO DE LA MUJER POR EL SEGURO.

Los más grandes inventos, las instituciones más útiles y lógicas suelen presentar en su desarrollo contrastes que asombran por lo incomprendibles. Tal ocurre con el seguro sobre la vida. Beneficiosa para la suerte de la familia y para su amparo, frente a la horfandad de la muerte, ha tenido en las aberraciones del amor un enemigo constante y decidido. Con ser la mujer la que directa bien recibe de aquella previsión nobilísima, suele tener en ello injustificados reparos,

resistencia tenaces que no se explican sino por lamentables preocupaciones.

No hemos de relatar todas las que hemos oído, porque alguna de ellas es un absurdo tan evidente, que ni siquiera se concibe que llegue a expresarse. Mujer hay que teme que el seguro de la vida de su esposo, puede acelerar la existencia de éste. No son pocas las que consideran su asentimiento al contrato asegurador como una demostración de egoísmo que el cariño no debe tolerar. Otras muchas juzgan siempre prematura tal provisión, como si la existencia de su esposo estuviera convenida a plazo fijo y no hubiera de venir la muerte impenablemente. Otras, en fin, entienden depresivo a su amor conyugal, haber de recibir una cantidad que presente la vida de su compañero.

Hasta aquí hemos expuesto algunas de las preocupaciones que tienen pretexto, ya que no razón, en el sentimiento. Otras hay que buscan lógica explicación en la reflexión y el cálculo. Para muchas esposas, el mejor seguro es el que constituye el propio ahorro, y se espera de la economía y de la constancia, para otras, la resistencia a esa previsión parte del temor de la posible insolvencia de las compañías aseguradoras. Se reconoce el bien del seguro, pero se recela de los con que se realiza.

A poco que se reflexione, se ve la falsedad de las ideas expresadas. Si recurrir al refrán de que «los duelos con pan son menos», no es tal amor, sin obsecación de un indiscutible cariño, el que por consideraciones platónicas condena a la familia a añadir el dolor que la muerte de un ser querido causa, el desamparo a que reduce la falta del sostén de ella. No sabemos hasta qué punto tiene derecho una esposa por preocupaciones del cariño a verse sumida en la miseria y sin pan a sus hijos, ó cuando obligada al castigo de privaciones y estre-

checes que pudo imposibilitar la previsión del esposo vivo, pero que no ha de evitar desde su cerrada tumba el llorado cónyuge. Dentro de las realidades de la vida caben bien los sentimentalismos más extremados y no es necesario tratar de hacerlos incompatibles con ellas.

En cuanto a los reparos de otro género no son más fundados. El seguro en sí es ya un ahorro, pero con la ventaja sobre éste de garantizar desde el primer instante el resultado que solo puede alcanzarse con el concurso del tiempo. Si el asegurado vive, el seguro ha sido para él un ahorro «impuesto» por la previsión, si el asegurado muere prematuramente, el seguro ha constituido un capital sin necesidad de la cooperación de los años. Por lo que se refiere a la posible insolvencia de las compañías aseguradoras, cuando hay entidades que, como «La New-York», entre otras cuenta con un activo de cientos de millones y ha pagado cerca de «sesenta millones de pesetas» a sus asegurados, disponiendo de un «sobrante de mas de ochenta y cuatro millones» sobre sus obligaciones, resulta todo recelo injustificado é impropia cualquiera desconfianza.

Preciso es decirlo con voz bien alta. Las precauciones de la mujer en contra del seguro-vida, en daño de la mujer se vuelven. Y algo más hemos de agregar; en la institución aseguradora hallase la clave del enaltecimiento más firme de la bella mitad del género humano. Cientos estadísticas referentes a Alemania han demostrado que existen allí más de 1.900.000 viudas, de las cuales solo 8.600 cuentan con recursos propios ó pensiones. «El seguro ha librado de la miseria a 851.400.» El resto es decir, «más de un millón de infelices mujeres viven del amparo de parientes, de la mendicidad y en la triste dependencia que la pobreza imagina». ¡Cuál se han de lamentar todas ellas de la imprevisión que las ha reducido a tal miseria!

Por nuestra parte, prescindiendo de sentimentalismos que no es necesario invocar, cuando vemos el desarrollo conseguido por el seguro, antes que la grandeza de esa institución recordamos las lágrimas que enjuga y las miserias que evita. Así por ejemplo: más que el asombro que produce la enorme cifra de 244.008 contratos en vigor que «La New-York» tenía a fines del año último, susponde el ánimo la consideración que aquella suma representa miles de familias libradas de privaciones y de necesidades, cuando la muerte las arrebató el sosten de ellas. Por solo la virtud de una previsión loable, por solo el concurso de una Compañía proponente, la desgracia puede simbolizar un dolor, pero no un desamparo, no la triste humillación de la pobreza, no el mendigado auxilio a la agena compasión, no la dependencia a que la miseria reduce constantemente a miles de huérfanos y de viudas.

No lo olvido la mujer; en el seguro-vida no solo está su apoyo sino su enaltecimiento.

COLABORACION INEDITA.

EL VIOLIN ROTO.

—Mire usted, caballero; me ha roto mi violín!—dijo el pequeño alargándose el diminuto instrumento.

—¿Quién ha sido?—le pregunté.

—Ese—me contestó, señalándome a un arrapiezo de unos diez años, que temblaba de miedo oyendo la filípica que le propinaba el sereno por la barrabasada cometida.

—¡Demonios de chiquillos!—decía una mujer enseñando en la frente un enorme chichón debido a sus sentimientos redentores.—Han reñido, y, al querer separarlos me han arrojado al suelo y he aquí el premio de mi buena obra.

Y mientras explicaba el suceso restañaba la sangre con la punta del delantal.

La escena se prolongó durante largo rato; pero al fin fué decayendo cuando la

mujer terminó su relación y el sereno puso fin a su reprimenda.

—¿Qué hacemos ahora?—preguntó el vigilante por decir algo.

—Me llevan a la cárcel, no hay remedio—pensó el autor del escándalo.

—¡Me ha roto el violín!—gimió el dueño del instrumento.

—¡Demonio y como duele!—murmuró la mujer tanteándose el bulto de la frente como si quisiera hacerlo desaparecer con la presión de los dedos.

Por lo demás, ninguno de los tres dijo al sereno la más pequeña idea que le sirviera para poner fin a los temblores del agresor, a los llantos del agredido y a los suspiros del tercero en discordia.

—Vete a la cama—dijo por fin, el representante de la autoridad al autor del desavío.

El arrapiezo no se hizo repetir la orden. De un salto se puso en medio del arroyo y tomando carrera, desapareció en el fondo obscuro de la calle, dando de pasada un tremendo puntapié a un perro que buscaba en un montón de basura algo que ingerir en la tripa.

La mujer desfiló en la misma dirección que el muchacho y el perro, y el sereno siguió empujando puertas y registrando rincones con la luz del farol y el dueño del violín, viéndose solo, examinó nuevamente el instrumento y se encaminó a su casa llorando y repitiendo a cada instante:

—¡Me ha roto el violín!

—¿Cuánto siente ese pobre chico la rotura de su juguete—pensó al verle desaparecer tras de la esquina.

Hace tres noches me entretenía con otros amigos, sentados como yo a la puerta del café, en arreglar la patria. Entre sorbo y sorbo de meka, ó lo que fuese, que lumeaba en las tazas, le cortamos un sayo a Castelar, llamamos torpe a Sagasta, pasamos de egoísta a Cánovas del Castillo que no había por donde cogerlo y echamos la culpa a Gámez del malestar de la hacienda española y de la particular de cada individuo.

Cuando el tema se hubo agotado, cosa rara, pues tratándose de españoles la política es el eterno tema, mis compañeros de mesa fueron levantándose y despidiéndose.

Yo tengo la manía, muy española, por cierto de hacer castillos en el aire; y hago tantos que si como los hago en la